



Las mujeres pastoras hoy: desafíos y alianzas

Women pastors today: challenges and alliances

Nidia Fonseca*

Resumen: El artículo trata del contexto patriarcal en el que las mujeres se desenvuelven diariamente y de cómo, gracias a las alianzas y complicidades con otras, resistimos, sobrevivimos y recreamos el ministerio pastoral.

Palabras clave: Ministerio pastoral. Cultura patriarcal. Sororidad. Equidad. Rompimiento jerárquico.

Abstract: The article deals with the patriarchal context in which women develop daily and how, thanks to alliances and complicities with others, we resist, survive and recreate the pastoral ministry.

Keywords: Pastoral ministry. Patriarchal culture. Sorority. Equity. Hierarchical break.

Mi nombre es Nidia Fonseca, en 1985 me fui a vivir a Venezuela. Me fui dejando pendiente el reconocimiento oficial de mi ministerio pastoral. Por circunstancias patriarcales nunca se oficializó mi reconocimiento en la iglesia a la que pertenecía y servía y fue en aquel país donde se me ordenó como ministra. En poco tiempo tuve la oportunidad de iniciar un espacio de reflexión con mujeres que igual que yo, buscaban un reconocimiento de su vocación en iglesias que de igual manera justificaban la discriminación con criterios patriarcales.

Fue muy importante generar ese espacio, el cual había sido organizado por iniciativa de Beatriz Ferrari, líder del Programa de Mujeres del Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI). La creación de esos espacios buscaba discernir sobre la validez del ministerio pastoral femenino en contextos no católico-romanos y ecuménicos a fin de acompañar a las iglesias (miembros de CLAI) en la reflexión sobre la ordenación de las mujeres al ministerio pastoral. A la vez, buscaba acompañar a las mujeres ya ordenadas para que no repitieran el modelo patriarcal que los

* Costarricense, politóloga, teóloga y pastora, metodista, con vasta experiencia docente tanto en educación popular como en educación superior. Contacto: n.fonseca@ubl.ac.cr



varones pastores ejercían pues no habían reflexionado sobre la calidad de la vocación desde el paradigma cristológico sino que lo hacían de acuerdo al modelo patriarcal heredado.

Mi nombre es Rose Mary López, en mi caso fui ordenada pastora en el año 2005, y el año siguiente me asignaron una congregación en la que no fui bienvenida debido a que estaban con un pastor por un período de doce años. La feligresía me reconocía como terapeuta de medicina alternativa, pero no como pastora, razón por la que todos los domingos salía de la iglesia con mucha tristeza y lágrimas, por las palabras y acciones despectivas de la membrecía hacia mi persona y que irónicamente eran las mujeres las que más mostraban su descontento con mi ministerio pastoral, básicamente por ser mujer. Incluso, una de las feligresas me dijo textualmente “la Biblia no dice que hay mujeres pastoras”, y añadió, por lo tanto mi familia y yo nos retiramos de esta iglesia. Sin embargo, el esposo continuó asistiendo a la iglesia. El tipo de expresiones y comportamientos expresados por ella y las faltas de respeto de otros, evidencian el tipo de mensajes patriarcales que recibieron, mensajes discriminatorios, estigmatizantes y violentos.

Históricamente, la cultura dominante se ha caracterizado por privilegiar un género, una clase social, una cultura, una visión de misión, a partir de la subordinación e/o invisibilización de otro género, de otras clases sociales, de otras culturas. Este proceso de colonización al ser histórico nos plantea que es estructural o constitucional de la cultura, del género, de la clase dominante, por tanto, no puede haber aportes de los otros si no es por medio de las alianzas y de la oposición a esa condición estructural con el fin de que esos aportes sean capaces de interferir, eclipsar y transformar ese orden establecido. Esa condición jerárquica permea todo el quehacer humano, en especial está presente en los saberes porque estos justifican y amalgaman teorías y acciones que sostienen esa subordinación.

Schüssler Fiorenza nos recuerda que:

- La Biblia está escrita en un lenguaje andro-kyriocéntrico y responde a intereses patriarcales o, mejor, kyriarcales.
- La Biblia se compuso en sociedades, culturas y religiones patriarcales y kyriarcales.
- Hoy, la Biblia sigue siendo proclamada y enseñada en sociedades y religiones patriarcales y kyriarcales.
- En el proceso de interpretación crítico-feminista y merced a él, la Biblia puede servir como visión espiritual y como recurso en las luchas por la emancipación y la liberación (2001, p. 22).

Con el fin de lograr deconstruir el quehacer patriarcal en la vida cotidiana y en la práctica de la fe, “las mujeres llamadas al ministerio en la iglesia recuerdan las acciones de Jesús en la iconoclasia del patriarcado, así como el de sus hermanas, en lo que Elizabeth Schüssler Fiorenza denomina el ‘discipulado de iguales’” (Russell. 2004, p.101), aporte que es importantísimo como mujeres y como pastoras, visibilizar el trabajo y las experiencias de las mujeres en la Biblia,



asimismo contar con el apoyo de las mujeres, y en particular de las mujeres docentes de teología que ya han eclipsando la Academia. Su experiencia es fundamental para establecer la sororidad entre las generaciones y vocaciones ministeriales en las cuales se concreta el compromiso por el quehacer de las comunidades de fe descrito como anuncio de las buenas noticias del mensaje de salvación en Jesucristo, el Hijo de Dios; comunión de los que creen en Jesucristo y que comparten la nueva vida que él les da; enseñanza de los creyentes dentro del cuerpo de Cristo para el servicio dentro de sus comunidades y en la sociedad y celebración comunitaria como expresión de adoración, arrepentimiento, proclamación, comunión, intercesión y dedicación.

El ministerio pastoral exige una gran responsabilidad y conocimiento del quehacer vocacional en especial cuando otros saberes se comportan como quehaceres religiosos y cuando la sociedad se organiza de manera cada vez más compleja para asegurar las discriminaciones y las desigualdades, en especial en cuanto a la justicia social y la convivencia. Por lo que el ministerio pastoral tiene muchos y grandes desafíos, y quizá uno de los más grandes es el de sanar las dolencias y las heridas de tantas mujeres afectadas por el sistema patriarcal y kyriocéntrico en su recorrido de muerte, por el “camino de salvación”.

El cristianismo se ha caracterizado por ser una espiritualidad dominada por la cultura patriarcal: las imágenes de Dios son masculinas, los ejemplos para seguir y asegurar la lealtad a Dios son, en su mayoría masculinos, los liberadores de las injusticias son hombres, en contraste, los paradigmas de deslealtad y pecado tienen rostro de mujer. Entonces, las mujeres sabemos que tenemos una gran tarea cuyo horizonte es la deconstrucción de esa ideología dominante que ha permeado la fe. Exige la reconstrucción de los saberes teológicos, de nuevas praxis y de transformación de la institucionalidad de la fe. Esa tarea de deconstrucción exige alianzas y opciones entre las mujeres y entre los saberes.

Alianzas y desafíos que el ministerio pastoral debe de encontrar para construir nuevas formas de espiritualidad, de nuevas imágenes liberadoras y sanadoras, hoy día es apremiante y pertinente volver a la esencia del Shalom, el Shalom como salvación y salud, el Shalom que restaura y da sed de sentido a la vida de tantas mujeres mutiladas en las múltiples dimensiones de su ser, dentro y fuera de su hogar, de sus espacios donde debería tener seguridad. Por eso hoy “resulta imprescindible reestructurar el ámbito religioso en todos aquellos aspectos que representan opresión, sometimiento y exclusión para ellas” (Bracamontes, 2005, p. 104). Hoy es el día del Shalom.

Los saberes teológicos y las acciones que se gestan en los espacios de convivencia de las espiritualidades no están ajenos, como hemos dicho, a esas influencias de la cultura dominante que en cada época histórica tiene un rostro específico con acciones concretas de

opresión. Por eso, en un mundo y espacio donde el reconocimiento ha tenido rostro masculino, las mujeres no podemos afrontarlo de manera individual.

Debemos de organizar nuevos espacios, como por ejemplo el espacio de la metáfora de la mesa que propone Letty Russell, la cual es una mesa horizontal donde son bienvenidas todas las personas dominadas y subordinadas por las estructuras patriarcales. Donde nos gozamos de un banquete de celebración de la vida y cuyas acciones revierten el orden establecido, fomentando los esfuerzos de las personas que están llenas del Espíritu y que buscan la renovación de la iglesia como institución en cada generación. (Russell, 2004, p. 100).

¿Por qué las alianzas? ¿Qué pasa con las mujeres, es que no podemos generar pensamientos, praxis, teorías si no es en equipo? Las mujeres sabemos muy bien que por el simple hecho de ser mujeres estamos expuestas a las violencias, solo por ser mujeres. Es decir, cualquier espacio social (secular o religioso) es un espacio peligroso para las mujeres de cualquier edad, de cualquier grupo social, de cualquier cultura, de cualquier color, olor o melodía. Esto exige la deconstrucción del espacio y de todo lo que en él haya, porque “huele a peligro”.

Se trata además, de una violencia muchas veces invisible, que se da en todas las culturales y regiones del mundo, en todos los estamentos sociales. Algún tipo de “feminismo”, llámese como se llame, será necesario mientras persista esta realidad. Si la teología mira para el otro lado frente a tal violencia, le estará justificando (Bedford 2009,237).

Esa condición intrínseca de seres humanos en peligro implica un ser y estar en el mundo en condiciones de opresión, inequidad y explotación, que se comparte con otros grupos humanos (indígenas, negros, LGTBI, niñez, tercera edad). Es decir, el sistema dominante se sostiene por las opresiones de género, de clase, de etnia, etaria, que permiten considerar desiguales a quienes solo son diferentes (Lagarde, 2003).

Diversidad y equidad simultáneas son los principios ético políticos de una cultura justa, y de modos de convivencia y pacto entre sujetos diversos e iguales... La desigualdad entre mujeres y hombres, y la opresión de género, se han apoyado en mitos e ideologías dogmáticas que afirman que la diversidad entre mujeres y hombres encierra en sí misma la desigualdad y que esta última es natural, ahistórica y en consecuencia, irremediable (Bedford, 2009,, p. 213).

Esa condición de opresión múltiple debe ser eliminada y la puerta para esto es la transformación del orden jerárquico establecido pues elimina la relación superior-inferior. Esto constituye un gran desafío en el quehacer pastoral porque implica transformar la estructura eclesial tradicional caracterizada por dos órdenes jerárquicas: la relación entre el clero dando



apertura a la ordenación de mujeres, y la relación entre el clero y laicado a fin de constituir un sistema de gobernabilidad radicalmente democrático. Este rompimiento jerárquico modelaría un camino para el quiebre de las opresiones.

El rompimiento jerárquico y el quiebre de las opresiones también se pueden lograr incorporando nuevas formas de liturgia, donde se incluya “los rituales y celebraciones femeninas...[porque] el sello de esos rituales es celebrar con todo el cuerpo a través del movimiento y la danza. Y ¿qué es lo que se celebra?” (Ress 2012, 212), la vida. Y parafraseando a Judith Ress, la vida se convierte en celebraciones de vida, vida propia, la vida de los seres queridos, la vida de otras mujeres, la vida de quienes sufren, la vida de los y las ancestras, la vida y las conexiones con las estaciones, con los elementos, con la Tierra y con todo el Cosmos.

Es necesario sacar la lectura de la Biblia [y el quehacer pastoral] del ámbito privado y espiritualista [casa y templo] del lector [creyente] individual solitario y construir un foro, esto es, un espacio público en el que la eklesía, la asamblea radicalmente democrática, pueda debatir y decidir los significados públicos de la Escritura (Fiorenza, 2001, p. 25).

La Biblia, nos dice Regina (2001), es un lugar de encuentro con el Dios de la Vida y un instrumento de liberación que se caracteriza por un proceso de rupturas. La primera ruptura tiene que ver con reconocer al empobrecido como sujeto hermenéutico. Las mujeres es el sujeto más pobre de entre los pobres. La segunda ruptura tiene que ver con el compromiso, la misericordia, la compasión con ese sujeto que nos conduce a una nueva espiritualidad. Y la tercera ruptura afrontar el conflicto con la hermenéutica opresora que caracteriza la interpretación de la Biblia desde las teorías dominantes.

En otras palabras, ¿cómo dar cuenta de mi fe en Jesucristo, como experiencia liberadora, desde mi ser como mujer? La experiencia liberadora contiene por lo menos tres desafíos:

- a. Mi experiencia de liberación como mujer (desde la perspectiva género).
- b. Mi experiencia de liberación como pastora (desde la perspectiva del poder clerical) con la comunidad de fe.
- c. Mi experiencia de liberación en y con la institucionalidad eclesial (desde el orden socialmente establecido).

De esta manera, coincide con los movimientos populares de mujeres que menciona Schüssler Fiorenza:

Hoy los movimientos sociales de cambio los que construyen [el] espacio popular y radicalmente democrático. Movimientos de base formado por mujeres han iniciado a lo largo y ancho del planeta procesos de democratización que permiten a las

mujeres determinar sus vidas, participar en la toma de decisiones y contribuir a la creación de una sociedad civil y una sociedad religiosa en las que reina la justicia (Fiorenza, 2001, p. 111)

Elsa Tamez, nos habla de “la sociedad que las mujeres soñamos” (2001) y ella nos plantea que esa sociedad tiene por lo menos cinco aspectos fundamentales con base en el texto de Isaías 65, 17-25:

1. Una sociedad alegre y feliz: todo se ha hecho nuevo (Is. 65,17-19). La pobreza y la violencia ya no están presentes.
2. Una sociedad preocupada por la calidad de vida: para la niñez y los ancianos (Is. 65, Is20).
3. Una sociedad que reconoce el trabajo de las mujeres: los trabajadores disfrutan del fruto de su trabajo (65,21-23)
4. Una sociedad en la cual Dios participa como garante del respeto de los derechos de las mujeres (65,24).
5. Una sociedad sin violencia contra las mujeres (65,25), que promueve la paz.

Esta sociedad que soñamos las mujeres, es una sociedad que debemos construir nosotras, las mujeres desde una nueva “espiritualidad a través de las prácticas de contemplación y meditación...[y desde] la amistad y la comunidad como espacios para compartir las alegrías y las penas del corazón...espacios que se han convertido en espacios de libertad y sanación (Fiorenza, 2001, p. 213).

Se trata de cultivar una experiencia pastoral liberadora ensayada en las comunidades de fe, donde es posible una nueva realidad: liberar y descolonizar el espacio trastocando el orden establecido con modelos de autoridad diferentes, horizontales, colectivos; espacios seguros donde no se profanen los cuerpos y visibilizando toda la diversidad de sujetas y sujetos que constituyen esa comunidad, gestando nuevas relaciones horizontales, haciendo posible la participación plena de las mujeres, enfatizando la interdependencia, el amor, la cooperación, el resto, generando una relación amigable con la creación, con una administración transparente sin temor a rendir cuentas porque fluye una economía solidaridad y del bienestar.

El gran desafío del ministerio de las mujeres de hoy es construir comunidades que alivien el sufrimiento, el estrés, la carga de la culpa y promuevan la fe, la esperanza, el encanto por la vida, y podamos decir conjuntamente con Ivone Gebara:



Dios como lluvia, como maíz, como ganado sobreviviente, como curación. Dios sobreviviendo en mi sobrevivencia. Dios en la llanura, en la montaña, en el campo, en el asfalto, en mi cuerpo. Dios suspiro, lleno de deseo, de sueño, de esperanza. Dios respiración, aspiración, expiración, con-spiración. Dios ausencia, presencia, consuelo, lamento, revuelta, venganza, acción de gracias (Gebara, 2000, p. 144).

Referencias

BEDFORD, Nancy. *La porfía de la resurrección: ensayos desde el feminismo teológico latinoamericano*. Argentina: Kairós, 2008.

BRACAMONTES, María del Carmen. *Jesús de Nazaret y las mujeres de su tiempo*. México: Schola, 2005.

GEBARA, Ivone. *Intuiciones ecofeministas: ensayo para repensar el reconocimiento y la religión*. Traducido por Gabriela Pujol. Madrid: Trotta, 2000

RESS, Mary Judith. *Sin Visiones nos perdemos: Reflexiones sobre Teología Ecofeminista Latinoamericana*. Santiago: Colectivo Con-spirando, 2012.

RUSSEL, M. Letty. *La Iglesia como comunidad inclusiva: Una interpretación feminista de la Iglesia*. San José: SEBILA, 2004.

TAMEZ, Elsa, editora. *La sociedad que las mujeres soñamos*. San José. DEI, 2001.

SCHÜSSLER, F., Elisabeth. *Los caminos de la sabiduría: una introducción a la interpretación feminista de la Biblia*. España: Sal Terrae, 2001.

AJO, Clara Luz, compiladora. *Teología y género: selección de textos*. Habana: Caminos, 2002.

[Recebido em: novembro de 2018 /
Aceito em: novembro de 2018]